

tenerse. Este es el peligro de trabajar como yo en un proceso continuo de acumulación. Interviene entonces lo que yo defino como mi pudor. La palabra puede no ser correcta; pero es mía. Y es mi pudor el que me dice que no insista más, que deje ya el cuadro. Hubo ocasiones en que me pasé, o mejor, sobrepasé, y rompí el lienzo, lo quemé; nunca he querido aprovechar un lienzo fallido. Es para mí como un ser muerto.

Lo maravilloso de un cuadro es que está siempre inacabado, y hay que volver a empezar otro y dejarlo igual, inacabado; porque la vida es siempre inacabada; lo sin vida es lo acabado.

Lo que me sorprende es que mi obra, dentro de tanta diversidad imaginativa, haya conservado a través de los años una unidad de formas a las que, por supuesto, reconozco como mías.

Estos años iniciales de mi estancia en Madrid puedo reducirlos, dentro de su confusión y de su dureza, a una experiencia que me acompañaría de por vida. Esta experiencia mi probó lo falso de la afirmación de que el peor enemigo de un pintor sea otro pintor.

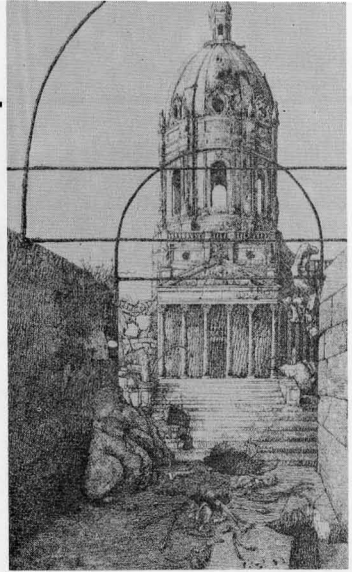
Sin la ayuda de mis amigos pintores no hubiera podido salir adelante. Ellos me allanaron el camino, sin apenas conocerme, con absoluta generosidad. Nunca podré olvidar que fue Pablo Runyan quien me buscó un primer trabajo para poder subsistir; que fue José Jardiel quien, sin tan siquiera pedírselo, se ofreció para iniciarme en técnicas pictóricas que eran de su absolu-

ta invención, y que luego he ido desarrollando a mi estilo y manera; que fue Julio Zachrisson con quien comencé a grabar. A ellos he de añadir otro pintor: Manuel Millares. La relación siempre secreta, siempre misteriosa, entre la persona y su obra, la percibí en él de forma muy particular. Nuestros estilos eran dispares; pero no importaba. Su amistad me hizo sentir, como ninguna otra, el cuadro como espejo.

Mi sino eran las azoteas y a una de ellas fui a parar en la calle de Pérez Galdós. Llegué a tomarle verdadero cariño a aquel cuartucho. El techo estuvo siempre a punto de caerse. Me instalé la luz robándola de la escalera. Nadie llegó a enterarse.

Pero fue allí donde mis cuadros empezaron a pertenecerme, donde me reconocí pintando, donde el hecho de estar vivo tuvo para mí un sentido. El trabajo dejaba de ser una carga para convertirse en una liberación; pero no una liberación alegre. La liberación es siempre dolorosa, costosa, aunque termina compensando. Años duros; pero no años de soledad. Conozco a Sharon, conozco la razón por la que he de echarme a la calle con cientos, miles de compañeros... sin pasarle factura política a nadie. Mi ofuscamiento va desapareciendo. Empiezo a decidir, a decidirme. Distingo lo verdadero de lo falso. Estoy, me digo, en camino; pero en camino de un esfuerzo constante porque, si eres lúcido, nunca te sentirás satisfecho.

Es más, la insatisfacción será el único motivo de seguir adelante.



Arriba y sobre estas líneas, aguafuertes de la serie «Bacanal» (1975); abajo, aguafuerte de la serie «Orfeo» (1980).

